

La “vía chilena” al socialismo y el problema del nacionalismo metodológico: una interpretación desde el análisis de sistemas-mundo

*Luis Garrido Soto**

El siguiente artículo analiza algunas de las perspectivas que el mismo autor trabaja en su libro *La “vía chilena” al socialismo (1970-1973): un itinerario geohistórico de la Unidad Popular en el sistema-mundo*, publicado por Ediciones Universidad Alberto Hurtado en 2015.

*Historiador de la Universidad Alberto Hurtado. Actualmente se encuentra realizando estudios de Doctorado (PhD) en Sociología en la State University of New York at Binghamton (SUNY-Binghamton), cuyo departamento de sociología se caracteriza por el análisis de sistemas-mundo y enfoques afines de carácter histórico-mundial. Mail: luisgarridosoto@gmail.com

La “vía chilena” al socialismo (1970-1973): un itinerario geohistórico de la Unidad Popular en el sistema-mundo es un libro que invita a expandir espacio-temporalmente los marcos interpretativos y analíticos sobre el período de la Unidad Popular. Dicho explícitamente, esta interpretación del período está fundamentada en la propuesta teórica y metodológica conocida como análisis de sistemas-mundo, inaugurada por Immanuel Wallerstein ya en 1974 con la publicación del volumen I de *El moderno sistema mundial*. Sobre la base de este enfoque, se buscó no solo interpretar, sino localizar este proceso de transformación social que representó la Unidad Popular en las coordenadas del cambio histórico-mundial, es decir, tanto en la *longue durée* (larga duración) del capitalismo histórico como en el espacio del mundo. En este sentido, seguí completamente el siguiente principio de Fernand Braudel, para quien “[e]n todo momento, se debe distinguir entre movimientos a largo plazo y presiones momentáneas, la búsqueda de las fuentes inmediatas de estas últimas y el impulso a largo plazo de las primeras”¹. La idea de todo esto es que la Unidad Popular apenas se agota en los años cronológicos discretamente “cortados” usualmente por su *período gubernamental* (1970 y 1973, respectivamente), para pasar a admitir que “[c]ada ‘realidad presente’ es la conjunción de movimientos con diferentes orígenes y ritmos. El tiempo de hoy en día está compuesto simultáneamente del tiempo de ayer, del día antes de ayer, y de tiempos pasados”². Con este principio se puede apreciar lo ocurrido durante este lapso no como producto de la inercia de la larga duración así no más (como si fuera un tiempo plano y homogéneo), sino incorporando una multiplicidad de temporalidades en la narración, una suerte de estratificación temporal en diferentes duraciones.

Por otro lado, el libro es una crítica al arraigado modo de interpretación y análisis del período que, de un modo u otro, reposa en una suerte de “nacionalismo metodológico”. De esta manera, se ha tendido a reiterar, aún reconociendo la existencia

de presiones globales a las que se encontraba sometida la “vía chilena” al socialismo, que el principal ámbito del cambio histórico se encuentra dentro del espacio jurídicamente delimitado del *Estado-nación*. La perspectiva de

¹ Fernand Braudel, “History and The Social Sciences: *The Longue Durée*”, Review, Vol. XXXII, N° 2 (2009): 182.

² *Ibíd.*, p. 182.

los sistemas-mundo, en cambio, integra como premisa teórica la siguiente propuesta de Wallerstein, a saber, que “uno solo podría hablar de cambio social en sistemas sociales. El único sistema social en este esquema era el sistema-mundo”³. Obviamente, esto lleva a cuestionar la suposición de que todo cambio histórico proviene exclusivamente del, y se limita principalmente al, campo de acción expresado en el Estado-nación con lo cual el cambio histórico, al parecer, existiría mayoritariamente entre una *sociedad civil* (nacional) y su propio *aparato estatal* (nacional). El análisis de sistemas-mundo nos lleva a cuestionar la naturalización de las llamadas sociedades nacionales y, por definición, de las “historias nacionales” comprendiéndolas en un entramado global sin perder de vista su particularidad pero sí admitiéndolas como partes inherentes en los procesos de cambio histórico-mundial: “Esto significó que mientras la Francia del siglo XVII podría haber compartido algunas características estructurales con la India del siglo XX, debían ser vistas como muy diferentes en las dimensiones del cambio mundial”⁴. Para hacer más explícito esa analogía en el libro: de seguro la “vía chilena” al socialismo tuvo *similitudes estructurales* con las revoluciones rusa y cubana, aprendiendo también de ellas, pero su *contexto mundial* muy diferente al de aquellas hizo que tuviera un *desenlace particular*.

En efecto, tanto desde la derecha como desde la izquierda han adoptado *grosso modo* como matriz explicativa, que la Unidad Popular (en tanto que gobierno) fracasó (o fue derrotada) debido a que se vio sobrepasada por la sociedad civil, ya sea porque fue ineficiente en sus aspectos técnicos (principalmente en el terreno de la economía) tal como hacen hincapié desde la *derecha* o porque la misma Unidad Popular (en tanto que coalición de partidos) se polarizó internamente llevando al progresivo inmovilismo institucional gubernamental tal como enfatizan desde la *izquierda*. Esto no quiere decir que ignorasen aspectos “extra-territoriales”, fuera del territorio chileno, pero son reducidos desde la izquierda historiográfica a intentos de desestabilización político institucional estimulados principalmente por agencias de inteligencia de Estados Unidos (la CIA) y/o a la entrada de armas y personal de guerra desde el bloque socialista (en especial

³ Fernand Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System I: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century* (Estados Unidos: University of California Press, 2011), 7.

⁴ *Ibíd.*, p. 6.

desde Cuba) a Chile por parte de la derecha historiográfica. Todo esto, además, sumado (o provocado por la ineficiencia o inmovilismo gubernamental) a la progresiva “polarización ideológica” al interior del país. En mi opinión, este tipo de razonamiento *internalista* tiene un carácter muy simplificador que cae en el reduccionismo. No se pueden considerar las estrategias y acciones del gobierno de la Unidad Popular como si fueran las “variables independientes” de este decurso histórico encasilladas, principalmente, en la disputa político-ideológica entre el gobierno y la oposición la cual giraba en torno al *alcance* y al *ritmo* de las transformaciones estructurales gubernamentales así como a la *(re)distribución del producto social* buscada por el mismo gobierno por medio de las mencionadas transformaciones.

Por estas razones (mejor dicho, por las limitaciones de la historiografía existente) intenté rastrear en términos geohistóricos al gobierno de la Unidad Popular en el *sistema-mundo capitalista* a través de su localización tanto en el reino del *mercado mundial* —espacio en el cual se realiza la circulación y acumulación de capital a escala mundial— como en el *sistema interestatal* —ninguno de los cuales (los Estados, por separado) controla en su totalidad el mercado mundial, aunque sí ejercen una influencia diferencial en ese espacio mundial—. La existencia del Estado-nación (así como el encasillamiento de la disputa en el sistema político, durante la “vía chilena” al socialismo) no nos debe hacer perder de vista la conexión con el mundo, puesto que el Estado-nación finalmente es una capa analítica más en el proceso histórico pero no una excusa para marginar elementos extra-territoriales como si fueran independientes del mismo proceso. Ya Marx nos lo advertía refiriéndose a la circulación mercantil (condición necesaria para el desarrollo geohistórico del modo de producción capitalista) donde la distinción entre monedas nacionales y metales preciosos sólo “demuestra la separación entre las esferas interna o nacional de la circulación de mercancías y su esfera universal, el mercado mundial”⁵. Por eso, abstraí del libro la disputa político-institucional en Chile razón por la cual me concentré principalmente en la Unidad Popular

más como *gobierno* que como coalición partidaria (aunque en absoluto negándole ese carácter). Esta opción se justifica porque la planificación

⁵ Karl Marx, *Capital*, volumen I, (Inglaterra: Penguin Books, 1990), 222.

gubernamental podría dar cuenta más explícitamente, en primer lugar, de las vinculaciones entre los cambios estructurales de la “vía chilena” al socialismo en el sistema-mundo y, en segundo lugar, de por qué se eligieron determinadas políticas económicas por sobre otras tomando como marco de referencia a la economía-mundo⁶.

Para decirlo en pocas palabras, en el libro me interesaba evidenciar cómo el sistema-mundo impactó en términos estructurales hacia la Unidad Popular (y a Chile, por supuesto) pero, al mismo tiempo, también quería demostrar si la Unidad Popular (o Chile) podría haber tenido algún impacto estructural hacia el sistema-mundo como un todo. Las relaciones local-global, parte-todo, arriba-abajo en el sistema-mundo en absoluto son unilaterales (o deterministas) sino *dialécticas*: “Si parece que tratamos con el sistema más grande como una expresión de capitalismo y los sistemas más pequeños como expresiones de estatismo (o, para usar la terminología corriente de moda, de desarrollo nacional), nunca negamos la unidad del desarrollo histórico concreto. Los estados no se desarrollan y no pueden ser entendidos excepto dentro del contexto de desarrollo del sistema-mundo”⁷. Este énfasis, permitió dar cuenta de otros procesos de índole sistémico-mundial que impactaron en Chile, los cuales fueron diagnosticados y enfrentados por la Unidad

Popular. No los describiré en su totalidad, pero *grasso modo* se refieren a: 1] la desnacionalización de la “economía nacional” por la instalación de capital extranjero en Chile desde mediados de la década de 1960 y, con mayor énfasis, desde 1967, producto de, 2] una recesión económica a escala del sistema-mundo (o fase B de las ondas largas de Kondratiev), 3] el financiamiento políticamente condicionado por parte de organizaciones financieras internacionales (en particular: el Fondo Monetario Internacional) como manifestación de la concentración del mercado mundial de capitales y, 4] una crisis monetaria mundial desatada por el quiebre unilateral de Bretton Woods por parte de Estados Unidos (la potencia hegemónica del

⁶ Esto no quiere decir que considerar a la Unidad Popular como coalición de partidos sea totalmente irrelevante. No obstante lo anterior, haber tomado ese marco de referencia me habría llevado más a la dinámica de la disputa político-partidaria entre gobierno y oposición en los márgenes de la unidad política llamada Chile (cayendo de hecho en la lógica explicativa de la “polarización ideológica” y la inmovilidad institucional) dificultándose así el objetivo de localizar las transformaciones impulsadas por el gobierno de Allende en los epiciclos geohistóricos del sistema-mundo.

⁷ Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System I*, 63.

sistema-mundo) el 15 de agosto de 1971.

Por razones de espacio no me limitaré a resumir el libro, pero lo que sí diré es que esta experiencia no fue una repetición más de las del tipo “socialismo en un solo país” las que históricamente tendían a cancelar, obstruir o, más precisamente, bloquear *territorialmente* el desarrollo capitalista. La expropiación y ulterior socialización de la producción, llevada a cabo bajo el Estado en conjunto con los trabajadores, eran los pilares de esa opción estratégica. En efecto, desde que se constituyó la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en 1922 (y especialmente durante Stalin) se instalaría el siguiente patrón organizativo manifestado en las nacionalizaciones, con todas las contradicciones que ello implicaba (sobre todo entre el Estado y los trabajadores):

El predominante papel del Estado fue más fortalecido y en gran parte facilitado por el hecho de que en vez de la socialización de los medios de producción sugerida por Marx, el poder soviético adoptó la nacionalización de los medios de producción. Mientras lo anterior supone que los trabajadores ejercerían directamente sus derechos de propiedad, logrando “la dominación de los productores por sobre sus condiciones de existencia” a través de la nacionalización, es el Estado el que se vuelve el dueño y gerente. Por eso, la gestión es necesariamente tomada por un grupo de gente profesional, más o menos experto: la burocracia estatal económica. Bajo Stalin la burocracia estatal se fundirá gradualmente con la burocracia del partido, convirtiéndose así en el factor clave en formar todo el sistema⁸.

Durante el gobierno de Allende, ello se realizó mediante la conformación de las áreas de la economía⁹. Con esto se buscaba: 1] tener el manejo de sectores estratégicos de la economía, 2] otorgar coherencia entre la política económica (elaborada desde el gobierno) y la capacidad productiva entre los diferentes sectores, y 3] institucionalizar e impulsar la democratización de la planificación económica estatal. Todo esto se sostendría modificando la estructura de la demanda “interna” hacia los sectores más desprotegidos del país así como incrementando los niveles de empleo junto con los salarios reales (o “keynesianismo

⁸ Silviu Brucan, “Historical Evolution of Classes and Class Policy in the U.S.S.R.”, *Review*, Vol. XIII, N° 3 (1990): 302-303.

⁹ Área de Propiedad Social (APS), Área de Propiedad Mixta (APM) y Área de Propiedad Privada (APP).

a ultranza” siguiendo a Fermandois). Por estas razones, inicialmente el proyecto de transformación socialista de la Unidad Popular tendría primordialmente un alcance *nacional*, es decir, reorientando la acumulación de capital

“hacia adentro” financiando, de este modo, las transformaciones estructurales junto con la redistribución que conllevaban las mismas transformaciones.

Lamentablemente, el nacionalismo metodológico nos hace perder de vista las vinculaciones en el sistema-mundo. Inclusive los marxistas han defendido esa premisa según la cual hay un determinado *modo de producción* para cada *formación social* (es decir, para los países por separado) negando, o minimizando, *co-determinaciones* históricas recíprocas entre Estados-nación, o áreas de la economía-mundo capitalista. La siguiente afirmación de Vicente Navarro es muy pertinente para clarificar lo que estoy criticando al respecto. Él plantea que terreno principal de la lucha de clases es cada Estado-nación *por separado* y no el sistema-mundo en su conjunto. Tomando como ejemplo histórico a la misma Unidad Popular, Navarro sostuvo (inspirándose en Rossana Rossanda) que:

La razón de por qué el gobierno de la Unidad Popular (U.P.) en Chile fue derrotado no fue principalmente debido al imperialismo de EE.UU., sino debido a la desfavorable correlación de fuerzas para la clase trabajadora chilena y sus fuerzas aliadas dentro de Chile. La intervención de EE.UU. en apoyo de la burguesía chilena fue, por supuesto, extremadamente importante. Pero la derrota de la U.P. tiene que ser comprendida como un resultado de la lucha de clases *en Chile*. La posibilidad para el cambio y la dirección de ese cambio son internas, no externas¹⁰.

Es probable y plausible admitir (al menos heurísticamente), con Navarro, que “[e]l criterio en definir una formación social como socialista es si hay control por la clase trabajadora y sus fuerzas aliadas de la instancia política en esa formación”¹¹. No obstante, esas (auto)definiciones en absoluto implican desconectarse del sistema-mundo capitalista. Además, como el mismo Wallerstein ha desprendido en los volúmenes de *El moderno sistema mundial* (sobre todo en el III): las “revoluciones sociales” han devenido en la integración de los sectores “revolucionarios” en las estructuras estatales como modo de cooptar las demandas transformativas. Desde esa perspectiva, el gobierno de Allende fue incapaz de responder desde el espacio de acción estatal en orden de integrar (“cooptar”) las demandas hasta llegar al ya conocido desenlace. Por estas razones, no

¹⁰ Vicente Navarro, “The Limits of the World Systems Theory in Defining Capitalist and Socialist Formations”, *Science & Society*, Vol. XLVI, N° 1, (1982): 84.

¹¹ *Ibid.*, p. 86.

puede encasillarse el concepto de “revolución social” sólo al ámbito del Estado-nación y ni siquiera con respecto al funcionamiento de la maquinaria estatal:

Un extraño argumento: las revoluciones sociales son definidas principalmente no por cambios sociales sino por cambios en la principal institución política moderna, el Estado. ¿Qué son entonces las revoluciones políticas? Y si no es una revolución social la que cambia las clases sociales, los valores sociales, y las instituciones sociales, ¿es debido a que estas últimas son cambiadas sólo gradualmente, nunca en una forma “revolucionaria”? Quizás pues es el mismo concepto de “revolución social” el que necesita ser reexaminado¹².

El conflicto de clases, por tanto, apenas se agota en lo referente al Estado y el sistema político. En realidad, como sugiere Jason Moore, “las luchas del capitalismo se despliegan por medio de la contienda sobre la tasa de plusvalor”¹³. Estas disputas, no obstante, no reconocen límites. El nacionalismo económico si bien fue relativamente exitoso durante 1971, ya desde 1972 el proceso de transformaciones y el manejo económico se volvió difícil. Ello no se debió sólo al “keynesianismo a ultranza” como se asevera desde la derecha, sino también por cambios coyunturales de índole sistémico-mundial. En primer lugar, ese cambio se expresó en la saturación del mercado mundial (producto de la recesión económica en el sistema-mundo) dañando la participación chilena en ese reino, manifestándose especialmente (aunque no exclusivamente) en el descenso del precio de la principal exportación: el cobre. En segundo lugar, y quizá más fundamental que lo anterior, la contracción económica global no sólo implicó la saturación del mercado mundial (con el concomitante desplazamiento geográfico de capital central hacia la periferia), sino que además sacudió los fundamentos financieros de la hegemonía de Estados Unidos

en la economía-mundo, es decir, con el quiebre unilateral (por parte de la potencia hegemónica el 15 de agosto de 1971) del sistema monetario Bretton Woods que rigió prácticamente sin cambios entre 1944 y 1971. Bretton Woods gobernaba las relaciones monetarias entre los Estados a través de sus respectivas balanzas de pago en todo el sistema-mundo, bajo el control de la potencia hegemónica de turno, a través

¹² Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System III: The Second Era of Great Expansion of the Capitalist World-Economy, 1730s-1840s*, [Estados Unidos: University of California Press, 2011], 49.

¹³ Jason W. Moore, *Capitalism in the Web of Life: Ecology and the Accumulation of Capital*, [Gran Bretaña: Verso, 2015], 56.

del sistema de *paridades fijas*, a saber, entre 1] el oro con el dólar estadounidense, y 2] el dólar estadounidense con las principales monedas del sistema-mundo (de los países de Europa occidental).

El nacionalismo metodológico, sin embargo, tampoco nos permite apreciar estos sucesos como partes constitutivas de este proceso histórico al relegarlos al mero ámbito de los *intercambios mercantiles extranacionales*. Esto es plausible, con algunas salvedades, ya que efectivamente en tanto que entidades *individuales* y observadas como totalidades homogéneas —sobre todo desde el punto de vista del nacionalismo económico y de la socialización (total o parcial, da lo mismo) de la producción— en el ámbito del mercado mundial los países aparecen como “individuos privados quienes trabajan independientemente de otros” los cuales “deben por eso reconocerse entre sí como propietarios de propiedad privada”¹⁴. Lo problemático es que la noción aplicada a los países de “propietarios de propiedad privada” puede ocasionar contradicciones en el sistema-mundo capitalista. Esto sucede porque en el marco de este sistema, el grueso de la producción es con vistas al *valor de cambio* (y no al valor de uso, lo cual daría cuenta de la irrelevancia de los intercambios mercantiles así como de la acumulación capitalista) de manera que “el modo de disposición de mercado es un elemento componente del modo de producción capitalista”¹⁵. Por tanto, el escenario coyuntural en el sistema-mundo no sólo conllevó a la creciente divergencia entre valor de uso y valor de cambio expresada en la dificultad de vender mercancías en el mercado mundial. Esto significó más precisamente reproducir a escala *mundial* la separación entre los productores directos de los medios de producción/subsistencia a escala de la división centro-periferia constitutiva del sistema-mundo. Y en este caso el dinero no se reduce a ser un mero medio posibilitante del intercambio mercantil. También es un *medio de producción* que reproduce la división centro-periferia:

El trabajo vivo, como sabemos, quiere decir el trabajo actual suministrado por agentes sociales, mientras que el trabajo muerto quiere decir todos los productos del trabajo humano, todos los productos como materialización de trabajo pasado. En el modo de producción capitalista, el agente social que suministra trabajo vivo obtiene en

¹⁴ Karl Marx, *Capital*, volumen I, 165, 178.

¹⁵ Mohamed S. Sfia, “The World Capitalist System and the Transition to Socialism”, *Review*, Vol. VII, N° 1, (1983): 5.

retorno esa típica encarnación del trabajo muerto que es el dinero. Pero, a su vez, el dinero permite a aquellos que acumulan una cantidad suficiente para obtener más dinero. En el modo de producción capitalista, sabemos que el dinero tiene esta sorprendente facultad, esta capacidad para “tener hijos”. Esto equivale a decir que el trabajo muerto (dinero) da acceso al trabajo muerto (dinero); y luego, esta es una cuestión de acceso a los valores de uso, por supuesto. Brevemente, la articulación trabajo muerto-trabajo muerto, en el sentido ya explicado, nos parece ser la principal articulación del capitalismo¹⁶.

Una vez alcanzado el uso pleno de la capacidad productiva instalada se debía invertir para incrementarla. Claramente, eso fue consecuencia del aumento de la demanda “interna” así como de los salarios y del nivel de empleo¹⁷, aunque podría solventarse *ampliando las fuerzas productivas* haciendo descender el *tiempo mínimo socialmente necesario* para producir los *bienes-salarios* y seguir elevándolas. No obstante, el problema es que Chile *carecía* de una *oferta endógena* de mercancías del Departamento I (medios de producción) por lo que —dejando de lado la estructura “interna” de la demanda— tarde o temprano (era sólo cuestión de tiempo) tenía que *importarlas*. La principal oferta de esas mercancías en ese entonces se encontraba en la potencia hegemónica de turno y tenía que importarse desde ese país o de Europa occidental. Su compra no iba a ser fácil. No sólo por la baja del precio del cobre, sino porque el quiebre de Bretton Woods menguó los ingresos del país. Los dólares “flotantes” que recibía por sus exportaciones eran dólares progresivamente *depreciados*. En pocas palabras, la flotación del dólar desangró económicamente a Chile. Significó el aumento de la tasa de explotación centroperiferia, ya que en vista de que el país no podía expandir las fuerzas productivas para descender los costes de los bienes-salarios, entonces debía recurrir al *aumento e intensificación* de la jornada laboral para producir excedentes susceptibles de ser

comercializables al mercado mundial con el concomitante *desgaste* de los trabajadores. Esto, a su vez, forzaba a tener que reponer (importar) más temprano que tarde los requeridos medios de producción —*acelerando* aún más la velocidad de la *rotación del capital*— tanto en lo respectivo al capital fijo (o constante) como al circulante:

¹⁴ *Ibíd.*, p. 12.

¹⁵ El nacionalismo económico del gobierno de Allende podría interpretarse —desde el enfoque adoptado— como una respuesta razonable frente al estancamiento económico global (o fase B de las llamadas “ondas largas” de Kondratiev).

Uno es el capital fijo, compuesto por maquinaria, pero también otras fuerzas de producción extra-humanas, incluyendo animales, que duran más que el ciclo de producción. El otro es el capital constante *circulante*, no debe confundirse con la *circulación* (y circuito) del capital. El capital circulante es el olvidado momento en el modelo de Marx, una víctima de los hábitos dualistas de pensamiento. Este consiste en la energía y materias primas usadas durante un ciclo de producción¹⁸.

Como evidencia de esto, la productividad del trabajo se movió al *mismo ritmo* con el índice de salario real para poder importar medios de producción y capital circulante necesarios. Esto demuestra que *no* es indispensable el trabajo asalariado para que *rija* la ley del valor. En el capitalismo, frente a una menor tasa de ganancia los capitalistas pueden despedir trabajadores e invertir en capital fijo para volver a incrementarla. En cambio, aunque la Unidad Popular no sea capitalista en sus objetivos —lo cual se evidencia en lograr una redistribución más justa del producto social más la dirección democrática de la economía en base a principios

ajenos a la rentabilidad capitalista— al necesitar importar medios de producción y alimentos (desde el mercado mundial) sus criterios de (re)producción no-capitalistas nacionales se vuelven inevitablemente *entrelazados* con los parámetros de (re)producción capitalistas globales. En los modos de producción *no-mercantilizados* (como el que se buscaba instaurar en Chile) la fuerza de trabajo *deja* de ser un elemento *variable* en la producción (y reproducción por medio de la circulación de capital) para pasar a ser un elemento *fijo* de la producción (y reproducción) a través de la circulación del producto social. El socialismo supone la progresiva *internalización de los costes de la fuerza de trabajo* en la (re)producción social. A la luz de los parámetros socialistas, la Unidad Popular no podía simplemente “despedir” a los trabajadores de cara al estancamiento global —para disminuir costes de producción, aumentar la tasa de ganancia, incrementar las fuerzas productivas y, seguir sosteniendo la redistribución “interna”— sino que debía

¹⁸ Jason W. Moore, *Capitalism in the Web of Life*, 93.

¹⁹ En esto me baso en Immanuel Wallerstein. Aunque algunas cadenas de mercancías —la cuales normalmente *traspasan* las fronteras estatales— se rompieron a través de las expropiaciones, de todos modos esa producción “responde en algún sentido a las siempre cambiantes ‘condiciones de mercado’ de esta economía-mundo [cualquiera sea la fuente de estos cambios] en términos de esfuerzos por aquellos quienes controlan estos procesos de producción para maximizar la acumulación de capital dentro de este ‘mercado’”. Dentro de las características de la producción que responde a las fluctuaciones del sistema-mundo [a la llamada “ley del valor”], las “decisiones, más simplemente aquellas de expandir o contraer la producción, tienen que ser posibles en términos de la capacidad para adquirir [o deshacerse uno mismo de la

responsabilidad por) los elementos que entran en el proceso de producción, las máquinas, los materiales, el capital, y sobre todo, el trabajo humano. El trabajo humano tiene que ser ‘coercible’ en alguna manera”. Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System III*, 130, 131. Por otra parte, el proceso de trabajo durante la Unidad Popular o, al menos bajo los principios que se querían establecer bajo ese gobierno, tenía una inquietante similitud con las del modo de producción *esclavista* a la luz de las oscilaciones del mercado mundial. En este modo de producción, la *fuerza de trabajo* (no así la corporalidad e individualidad del trabajador) está *des-mercantilizada*, es decir, no se compra ni se vende (como sí ocurre con el trabajo asalariado) de modo que, siguiendo a Charles Post, el trabajador (el esclavo) se vuelve en un elemento fijo de la producción: “La posición de los esclavos como un elemento constante del proceso de producción, quienes tenían que ser mantenidos si trabajaban o no, restringía severamente la capacidad de los amos para ajustar el tamaño de su fuerza de trabajo a través de la innovación técnica. Al haber invertido en medios de producción en forma humana, los amos estaban agobiados con una proporción relativamente inflexible de trabajo a tierra y herramientas. En pocas palabras, los amos no podían reducir fácilmente el tamaño de su fuerza de trabajo esclava para adoptar tecnologías ahorradoras de trabajo de cara a los cambiantes imperativos del mercado”. Charles Post, *The American Road to Capitalism: Studies in Class Structure, Economic Development and Political Conflict, 1620-1877*, (Brill: 2011), 178.

²⁰ Jason W. Moore, *Capitalism in the Web of Life*, 94, 93-94.

intensificar la (auto)explotación del trabajo y/o *reducir* los salarios para cumplir *simultáneamente* con ambos criterios¹⁹.

Los desequilibrios económicos durante este período no pueden responsabilizarse exclusivamente al gobierno de Allende por no supeditarse a las “leyes de hierro” de la economía”. Esos “cuellos de botella” tampoco podrían entenderse como mera “escasez” debido al supuesto “ideologismo” gubernamental por no haber aplicado políticas económicas “correctas”. Obviamente hubo errores. Eso es parte del cambio social. Pero subrayar unilateralmente ese aspecto nos lleva a ver la economía como sólo como una esfera técnica olvidando que la “vía chilena” tuvo un preponderante componente de guerra económica. Si los problemas económicos no se reducen a una “escasez absoluta”, entonces deben vincularse con las tendencias simultáneas hacia la *sobreproducción* y *subproducción* en el capitalismo histórico. De acuerdo a Jason W. Moore, en el sistema-munco cíclicamente se suscitan “[l]a sobreproducción de maquinaria y la subproducción de materias primas es donde los ciclos largos de acumulación terminan: sobrecapacidad y crecientes precios de las materias primas”. En base a esto, se entiende que “la ‘sobreproducción’ de maquinaria (capital fijo) encuentra su antagonismo dialéctico en la ‘subproducción’ de materias primas (capital circulante)”²⁰. No obstante, desde la dicotomía centro-periferia —y especialmente cuando hay un movimiento antisistémico en un Estado (o gobierno)— podría decirse que ocurren las tendencias *contrarias*: los países centrales por su cuenta *disminuyen la oferta* (subproducción) de capital fijo y *aumentan “artificialmente” la oferta* (sobreproducción) de capital circulante y materias primas —gracias a la reducción de los

costes de circulación monetaria a escala mundial— forzando, así, a que la periferia produzca y venda más de esos componentes productivos a precios reducidos.

Como contrapartida a lo sucedido en Chile —y en muchos países de la periferia— la potencia hegemónica junto con los países del centro podían pues *sobreconsumir* gracias a que en conjunto *monopolizaban* los medios de *circulación y pago mundiales* (el dinero mundial). Sólo pagaban con dinero depreciado sus compras en el mercado mundial *sin* la mediación de la producción de una mercancía para su venta (de modo muy similar al circuito D-D' de Marx), mientras que la periferia debía primero *producir* una mercancía para su venta (M-D) y sólo después recién *comprar* las mercancías necesarias (D-M). Queda claro, en primer lugar, que los costos de producción y circulación para los países periféricos *aumentaron*, mientras que se *redujeron* para el centro gracias a la disminución de los costes de la maquinaria de circulación mundial. En segundo lugar, es evidente que Chile (y la periferia) se limitó a la circulación de *valores de uso* (M-D-M) la cual tiene un escaso —si no nulo— efecto en la acumulación de capital; mientras que el centro se concentró en la circulación del dinero, soporte de la acumulación incesante de capital (D-M-D'), aunque ahora sin la mediación productiva (D-D') la cual sí tiene un gran impacto sobre la circulación de valores de uso a escala mundial. Finalmente *but not least*, al monopolizar el dinero mundial los países del centro podían desgastar económicamente a los países de la periferia a través de déficit en la *balanza de pagos* con tal de que más temprano que tarde requieran asistencia financiera (políticamente condicionada) al FMI. En efecto, esto último prefiguraba ya los venideros “ajustes estructurales” del FMI en orden de propiciar condiciones favorables para la acumulación capitalista bajo condiciones, utilizando una expresión de Wallerstein, de “sistema internacional de peonaje por deudas”.

Aquí es donde la Unidad Popular superó la sedimentación estratégica de los movimientos antisistémicos en el capitalismo histórico. Aprovechando la celebración de la III UNCTAD de 1972 (que tomó lugar en Santiago), el gobierno de Allende propuso una medida que iba más allá, por un lado, de subsanar las deterioradas “condiciones de mercado” de las exportaciones primarias periféricas hacia

²¹ Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System*, 121.

el centro (a diferencia de las dos conferencias previas de la UNCTAD, de 1964 y 1968, llevadas a cabo en Ginebra y Nueva Delhi respectivamente) o, por el otro, de lograr compensaciones por la inestabilidad financiera global. A decir verdad, esta propuesta desbordó la problemática del llamado “intercambio desigual”. Para decirlo sin rodeos: Chile pretendió “expropiar a los expropiadores” —ahora en escala ampliada— por medio del *desmantelamiento* del dólar estadounidense como dinero mundial del sistema-mundo para luego *sustituirlo* por un instrumento monetario —similar a los dólares “flotantes”— conocido como Derechos Especiales de Giro (DEG). Su creación, de hecho, por parte del FMI en 1969 tuvo como objetivo sustituir a la moneda estadounidense en la circulación mundial por los ya mencionados desequilibrios sobre las balanzas de pago. En vista de que los DEG estaban *desligados* de las monedas nacionales y del oro, la Unidad Popular buscó situarlos como pilar de un nuevo sistema monetario internacional *pos-hegemónico*, de forma que los *conglomerados mercantiles extra-nacionales* (que coinciden con las hegemonías en el capitalismo histórico) sean irrelevantes en el desarrollo económico de la periferia. Esto podría entenderse como el símil del APS en Chile o, mejor dicho, como la continuación de la disputa por el *plusvalor mundial* aunque ahora en escala *ampliada*, al nivel del sistema-mundo como un todo.

Esto fue muy relevante, ya que al expandir la *escala geográfica* del conflicto de clases —más allá del Estado-nación como terreno principal del conflicto de clases y de una posible transición al socialismo— lo que en realidad se está haciendo es *socavar* las bases estructurales que favorecen la acumulación capitalista en escala extendida. En este sentido no hay que perder de vista que “el capitalismo como un modo económico está basado en el hecho de que los factores económicos operan dentro de una arena más grande de lo que cualquier entidad política puede controlar totalmente. Esto les da a los capitalistas una libertad de maniobra que está estructuralmente basada”²². En segundo lugar, esta movida con respecto a Bretton Woods en oposición a las potencias del centro realmente pudo haberle dado cuerpo de manera universal al *internacionalismo proletario* o, como lo propone Pablo González Casanova, que las transiciones al socialismo dejen de expresar

²² *Ibíd.*, 348.

intereses particulares (nacionales) y pasen a erigirse como un “universal concreto”:

No todas las luchas particularistas de etnias y naciones expresan valores universales de igualdad, libertad, fraternidad. Las luchas racistas y fascistas, expresan siempre intereses particulares. Pero las luchas de etnias y naciones no son necesariamente particularistas. A menudo representan a quienes desde “la mayoría” de cada etnia, desde el “bajo pueblo” o “el pueblo pobre” de cada nación, luchan por la libertad, por la fraternidad y contra la injusticia social, contra la explotación, la marginación y la exclusión: En esos casos, las luchas particulares descubren metas comunes y una condición universal de los “condenados de la tierra” en medio de distintas civilizaciones, culturas e ideologías²³.

En este caso, lo democrático ya no puede limitarse a los sistemas políticos nacionales apartando la esfera “económica” (supuestamente neutral y objetiva) de las decisiones colectivas. Además, ¿de qué sirve contar con una democracia perfecta al interior de todos los países si las decisiones democráticamente tomadas en uno atentan contra las decisiones democráticamente tomadas en otro? En este caso, la experiencia histórica de la Unidad Popular hace ver que se podría ir más allá de “un particularismo universal” donde “dominan los intereses de un capital que se ha reestructurado para continuar su reproducción y ampliarla” y al mismo tiempo a intentar plantear que “el problema de lo *universal concreto como alternativa* se plantea a partir de algunos elementos comunes que presentan los movimientos particulares de los *oprimidos*”²⁴.

De haber triunfado lo propuesto por Chile, ¿se habría logrado un socialismo (global)? Es difícil responder que “sí”. Pero dando rienda suelta a la imaginación histórica (¿utópica?) quizá el “giro neoliberal” habría sido evitado o, al menos, hubiese sido más difícil su consolidación de lo que fue históricamente en el sistema-mundo. Si bien esa proposición fue derrotada, es claro que observada desde la *longue durée* la Unidad Popular marcó el siguiente paso —de hecho, una expansión— en el objetivo de *socializar el producto social más allá de los confines la rentabilidad capitalista* prefigurando a los actuales “movimientos alterglobalización”. Aunque esta conjetura parezca exagerada, ya no tiene mucho sentido mantener la misma narrativa sobre la

²³ Pablo González Casanova, “Lo particular y lo universal a fines del siglo XX”, *Review*, Vol. XVIII, N°4, (1995), 657.

²⁴ *Ibid.*, pp. 658, 662.

“vía chilena” al socialismo:

El historiador tiene que advertir las constelaciones de eventos en el curso de la historia, y tiene que explicarlas como intentos fracasados o exitosos para introducir un cierto orden, tales como, por ejemplo, la economía capitalista mundial. El historiador tiene que distinguir experimentos con la introducción de nuevos modos de organización social de las operaciones rutinarias de los factores conservadores. Los movimientos antisistémicos están entre tales experimentos, y el historiador puede calcular su tasa de mortalidad y evaluar la viabilidad de las soluciones ofrecidas por sus participantes. Pero más no puede y no debiera hacerse. No puede predecirse si el área de la vida social en que ocurre un movimiento antisistémico es suficientemente vital para propagar una transformación. Ni puede saberse si la terrible vitalidad del Estado, reforzada tanto por la jerarquía interestatal centro-periferia como por el control interno de todas las actividades sociales, pueda alguna vez situarse bajo control popular²⁵.

Es dudoso que el peligro de la Unidad Popular radicara, entonces, en el carácter “democrático” y/o “pacífico” de las transformaciones y que el golpe fuese sólo motivado por la socialización de la producción en *Chile* (incluyendo las expropiaciones al capital extranjero). ¿Por qué? Porque económicamente ya la tenían desgastada. Ya no iba a ser un peligro ni un ejemplo a seguir por los demás países. Por esa mera condición no necesitaban hacer un golpe militar. Probablemente el golpe fue motivado más por las implicancias *globales* que ese proceso transformativo estaba impulsando —o potencialmente estimulando— que por las mismas transformaciones “internas”. Esta experiencia dejó al descubierto, siguiendo a Terence Hopkins, que la hegemonía estadounidense representó el “momento” de la “desaparición del sistema” debido a que las “erosiones de la estatalidad/interestalidad” a las que estaba llevando progresivamente el gobierno de Allende “serían erosiones de la acumulación capitalista”²⁶.

172

²⁵ Slawomir Magala, “The Global Transformation”, *Review*, Vol. IX, N° 4, (1986), 612-613.

²⁶ Terence K. Hopkins, “Note on the Concept of Hegemony”, *Review*, Vol. XIII, N° 3, (1990), 409, 410.

- Fernand Braudel, "History and The Social Sciences: The Longue Durée", Review, Vol. XXXII, N° 2 (2009)
- Silviu Brucan, "Historical Evolution of Classes and Class Policy in the U.S.S.R.", Review, Vol. XIII, N° 3 (1990)
- Pablo González Casanova, "Lo particular y lo universal a fines del siglo XX", Review, Vol. XVIII, N°4, (1995)
- Terence K. Hopkins, "Note on the Concept of Hegemony", Review, Vol. XIII, N° 3, (1990)
- Slawomir Magala, "The Global Transformation", Review, Vol. IX, N° 4, (1986)
- Karl Marx, Capital, volumen I, (Inglaterra: Penguin Books, 1990)
- Jason W. Moore, Capitalism in the Web of Life: Ecology and the Accumulation of Capital, (Gran Bretaña: Verso, 2015)
- Vicente Navarro, "The Limits of the World Systems Theory in Defining Capitalist and Socialist Formations", Science & Society, Vol. XLVI, N° 1, (1982)
- Charles Post, The American Road to Capitalism: Studies in Class Structure, Economic Development and Political Conflict, 1620-1877, (Brill: 2011)
- Mohamed S. Sfia, "The World Capitalist System and the Transition to Socialism", Review, Vol. VII, N° 1, (1983)
- Immanuel Wallerstein, The Modern World-System I: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century (Estados Unidos: University of California Press, 2011)
- Immanuel Wallerstein, The Modern World-System III: The Second Era of Great Expansion of the Capitalist World-Economy, 1730s-1840s, (Estados Unidos: University of California